

Magnus von Horn (dir.), *La chica de la aguja* (título original: *Pigen med nålen*). Coproducción: Dinamarca, Polonia, Suecia, Francia, Bélgica. 2024, duración: 115-123 minutos, aproximadamente.

La película danesa *La chica de la aguja* (2024), dirigida por el sueco Magnus von Horn (Gotemburgo, 1983), es una completa sorpresa. Se trata de una cinta que fue nominada a la categoría Mejor Película Extranjera en los Premios Óscar del 2025 y los Globos de Oro, así como también recibió la nominación a la Palma de Oro en el Festival de Cannes. Si hubiera ganado cualquiera de los certámenes mencionados (o los tres), nadie debería haberse quejado.

El contexto histórico del film es Copenhague durante los días finales de la I Guerra Mundial (1914-1918) y el inicio de la posguerra. La incertidumbre económica y social reinaba en Europa entonces y muchas familias se quebraron definitivamente, fueron divididas. Otras se recompusieron, de cualquier manera, durante la ausencia de los hombres enviados a arriesgar sus vidas en los campos de batalla.

El título en español de esta inquietante cinta desvía la atención de la verdadera protagonista, que es la desalmada Dagmar, ya que la traducción oficial —*La chica de la aguja* (*Pigen Med Nålen* en danés)— alude a la joven y pobre costurera Karoline (Victoria Carmen Sonne), que pasa constantes penurias para sobrevivir. Sin embargo, es realmente Dagmar (Trine Dyrholm), la dueña de una tienda de dulces, quien guía la película hacia los acontecimientos más siniestros posibles. Su maldad va destruyendo todo lo que toca. Su formalidad al vestir y hablar, así como su capacidad para ser muy ordenada en su tienda, contrastan absolutamente con su retorcida mente.

Vale mencionar que Trine Dyrholm demuestra aquí su enorme capacidad como actriz, en su rol de Dagmar. Ella carga con la mayor parte del peso dramático de la cinta. Dyrholm ya había conseguido ganar el Oso de Plata a Mejor Actriz en el Festival Internacional de Cine de Berlín 2016 (premio que le entregó la legendaria Meryl Streep) gracias a su papel de Anna en «La comuna», dirigida por el danés Thomas Vinterberg.

Por otro lado, el esposo de Karoline (interpretado por Besir Zeciri) muestra, claramente, cómo los duros efectos de la guerra menoscabaron su rostro y su autoestima, pero no destruyeron su amor por su contradictoria e inestable mujer.

Junto con las logradadas actuaciones, lo que más impacta de *La chica de la aguja* es la excelente dirección de fotografía en blanco y negro del polaco Michal Dymek. Tiene un cuidado formal admirable. Por su alta calidad, recuerda mucho a la exquisita y premiada labor del polaco Janusz Kaminski en «La lista de Schindler» (1993) o a la del sueco Sven Nykvist en «La hora del lobo» (1968). Incluso, también remite al valioso trabajo del sueco Gosta Roosling en «Ordet» (1943).

Aparte, la música incidental de Frederikke Hoffmeier otorga una profundidad emocional precisa para los personajes y las situaciones. Más que nada, permite acercarnos («entender» sería mucho decir) a la enrevesada psicología de Dagmar y Karoline. Esta última atraviesa momentos de constante perturbación, causados por las erradas y polémicas decisiones que toma.

El guion de Line Langebeck Knudsen y del mismo Magnus von Horn es de gran nivel, porque no permite predecir, conforme avanza el film, qué hechos van a ocurrir en los cinco minutos siguientes. Suceden cosas inesperadas todo el tiempo, las cuales sostienen sólidamente la atención del espectador. Y eso es un mérito total, teniendo en cuenta que este es un largometraje nada fácil de ver, debido a la chocante historia que narran sus imágenes.

Basada en un espantoso caso real ocurrido a principios del siglo xx en Dinamarca, «La chica de la aguja» permite apreciar los límites de la maldad a la que puede llegar un ser humano contra seres completamente indefensos. En este caso, Dagmar es capaz de los actos más criminales e imperdonables. Ella se comporta como un monstruo una y otra vez, en sus acciones y su falta de moralidad.

Además, esta película nos cuenta su aterradora trama a partir de numerosos planos detalle y primeros planos que introducen (casi empujan, se podría decir) al espectador en la historia, como si fuera un integrante más de la familia de las protagonistas.

Por otra parte, la búsqueda de redención proviene de Karoline, quien, a pesar de apoyar los delitos de Dagmar y desarrollar una notoria complicidad con ella (como si fueran madre e hija) durante cierto tiempo, al final trata de apartarse de su influencia y realizar actos que la salven, que la hagan sentirse menos culpable por los pecados cometidos (abandonar a su esposo que era bueno con ella, vender a su hija, irse a vivir con la mujer a la que vendió a su hija, recibir bebés de otras mujeres que llegan hasta la tienda para venderlos).

La cinta muestra, claramente, cómo una persona (Dagmar) puede persistir en su maldad (basta escuchar su atroz autodefensa durante el juicio que afronta) sin ningún remordimiento y evidencia cómo otra (Karoline) logra arrepentirse y luego deja aparecer la bondad que había aplastado en su propia alma, de manera intencional.

Otra dura realidad que muestra esta película es la cantidad de mujeres que, por uno u otro motivo, no pueden quedarse con los hijos que han dado a luz y recurren a terceras personas para que se hagan cargo de dichos hijos. Van a una especie de casa de adopción (que es la tienda), pero clandestina, ilegal. Además, sin tener ninguna seguridad de que sus hijos biológicos llegarán a ser adoptados por médicos o abogados (Dagmar asegura a las mujeres que entregará los bebés a «buenas familias» donde haya estos profesionales).

Finalmente, y aunque no es el asunto principal de *La chica de la aguja*, también aquí se trata el tema de los *freaks* (personas con deformidades en el cuerpo o llamativas discapacidades físicas), que son explotados en los circos para ganar dinero. El esposo de Karoline, tras regresar de la guerra, queda deforme, y sobrevive gracias a su trabajo en un circo. Las escenas en que él aparece evocan a momentos del film «El hombre Elefante» (1980), de David Lynch, donde el protagonista era utilizado como un fenómeno para diversión (en realidad, era un cruel maltrato) de la gente. Lo coincidente, en los dos largometrajes mencionados, es que ambos hombres tenían un muy buen corazón y eran capaces de actos de agradecimiento y amor que las supuestas personas «normales» no podían realizar. Porque, a veces, ocurre que los verdaderos monstruos son aquellos que parecen personas físicamente normales, que caminan por las calles con la engañosa apariencia de la normalidad.

Gianmarco Farfán Cerdán